

VINT-I-TRESÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

“Paraules d’Adriana”

CATEGORIA GENERAL 2.024

AUTORA: ALICIA ROJAS RODRIGUEZ

Pecadora arrepentida

Seudónimo: Flor de León

Albina termina de redactar el escrito, se enjuga el sudor y recupera la bata que dejó hilvanada sobre el tablero de la máquina de coser. Firma la carta con el seudónimo: *Pecadora arrepentida*. Antes de echarla al buzón, quiere volver a leerla por si el texto cojea de detalles o peca de atrevido. Siguiendo la costumbre de su difunta madre, es fiel oyente del consultorio de belleza de doña Emilia Sanchís, el programa radiofónico que emite la emisora todas las mañanas de doce a doce y media. Su mamá estaba convencida de que las mujeres venían a este mundo a sufrir y cuanto antes una se haga a la idea, antes acepta amarguras y quebrantos que ponen a prueba su talla de mártir.

Ojala tenga suerte y se lea en antena. Imagina a la señora, elegante, piadosa, ajustándose las gafas, el pelo cardado, impecablemente maquillada.

De momento Albina se conforma con bucear entre las ondas de la radio donde las seguidoras de doña Emilia, alaban sus productos de belleza, consultan sobre los cosméticos adecuados para cada tipo de piel y exponen encrucijadas e infidelidades de pensamiento y omisión (no, de obra, no, esos los dejan para sus novios o esposos) además de consultar directrices de alcoba (después de pasar por la vicaria, claro está) o formales propuestas de noviazgo. Aunque sobre todo, lloran. Lloran amargamente por lo desdichadas que se sienten. Oye la musiquilla telonera, los compases en el entreacto que instrumenta acto seguido la consulta en cuestión.

Las cartas de las seguidoras que tienen la fortuna de ser retransmitidas en directo, son ejemplo de acertada sintaxis y economía en la redacción. Las

presupone cultas, casi bachilleres, aunque afirmen que dejaron la escuela para ponerse a trabajar a los doce años. Lo que no se cree es lo que se dice por ahí: que se cambia el texto de la carta para que suene bonito y no desentone. Cuando le llega el turno a la respuesta de la señora, la doña que conoce los entresijos del alma femenina y alaba las diferencias que Dios Nuestro Señor tuvo a bien distinguir entre varones y hembras, como por ejemplo, belleza, fragilidad, paciencia o conformismo, Albina fantasea y la visualiza ante el papel donde redacta sus sabios consejos metida en cavilaciones de envidia solo comparables a la grandeza de su corazón. La ve con los codos apoyados en el pupitre (sí, la mesa es humilde, sin apenas adornos) alumbrándose con la lámpara de flexo que concentra en el texto el halo de inspiración divina con que cuernos, bajezas, chanchullos, engaños, humillaciones y regañinas que sin duda merece la que fue creada en eslabón de segunda de costilla de Adán.

Y dice: "*Querida amiga...*"

En algún punto del guión que lee todo seguido, recurre a la resignación cristiana, a la entereza y al obligado esfuerzo por entender las razones de él.

Aunque esta que vemos enfrascada en la costura de la bata de percal no es ducha en el floreo de la escritura, sí frecuente novelas románticas de a duro, compradas de segunda mano en los Encantes. Sabe como juntar letras y palabras aunque sea con faltas de ortografía. Con la yema del dedo acaricia el canalillo del escote por donde asoma la combinación. Un rayo de sol atraviesa el visillo de la ventana para posarse en su brazo. Con requiebro de minina cariñosa, endereza el torso desde la rabadilla hasta la nuca, complaciéndose en el arrobamiento de pechos, cintura y muslos. Semejante desliz libidinoso le

dura lo que dura, tiempo más que suficiente como para notar la calentura en salva sea la parte. El pasmo del desliz o remembranza erótica festiva, acaba de engancharse entre la lengua y el paladar como caramelito de café con leche. Lo chupa, lo deshace en la miel de la saliva. A ella, reconoce ahora Albina, lo que le pasa es que quedó sin madre cuando más la necesitaba, a la temprana edad de catorce años y anda perdida entre lo que debe y lo que quiere hacer.

Aunque no duda que padre solo hay uno y los apaños a posteriori no dejan de ser eso, solo apaños, para ella tío Fulgencio no solo fue el señor que aparecía los sábados para dejar sobre el aparador el dinero de la manutención, sino también un casi padre que se preocupaba por sus estudios y la contemplaba embelesado al acomodarla sobre sus rodillas midiendo el crecimiento a tacto. Esta niña se hace mayor de un día para otro, le informaba a Matilde, ensalivando. Era entonces cuando la madre se interponía (quita de ahí, exagerado), recuperaba a la hija y la mandaba a jugar a su habitación.

Por lo demás sus vidas discurrían calcadas de una semana a otra, las comidas y cenas en la mesa de fórmica de la cocina para no ensuciar la grande de caoba (heredada de padres a abuelos), los rezos, las mentiras, los sueños emboscados. También el peso de la culpa y la aceptación ante la adversidad que machacaba Matilde frente a la máquina de coser, apañando remiendos y encargos de vecinas que le pagaban tarde y mal, entregándole a cambio un cestillo de fruta o bizcochos. Entretanto, la voz de la locutora derramaba consejos escalofriantes sobre los moratones de sus brazos, pecho y espalda:

“Retoca tu maquillaje y hazte apetecible para cuando llegue él tras un duro día de trabajo. Ofrecete a quitarle los zapatos. Guisa sus platos favoritos. Ocuparte de que esté cómodo. Minimiza cualquier ruido. Salúdale con una

cálida sonrisa y muéstrate deseosa de escucharlo. Recuerda que sus temas de conversación son siempre importantes. Procura no quejarte si llega tarde o sale a cenar sin ti. Espéralo despierta y no le exijas explicaciones, En cuanto a las relaciones íntimas, accede sin preguntas, en caso contrario, no lo presiones”

Decididamente la mañana está calurosa. Es de las que animan a salir a pasear o darte un baño en la playa de Los Orientales. Pero la faena es la faena, reconoce Albina contemplando la cuartilla que acaba de escribir con la esperanza de recibir ayuda de quién tan bien conoce a las pobrecitas hembras que nacieron para servir al catálogo de especímenes bravos, bestias de estirpe y raza hispana, opresores, canallas, despóticos, inquisidores. Escuchar a diario el consultorio radiofónico de doña Emilia Sanchís, es recorrer el muestreo del sin vivir y el sin amor, sin moverte del sitio, ilustrándote una barbaridad sobre la conveniencia de afinar antes de decir sí al que será tu dueño y señor. Porque puedes cagarla (¿lo tacho?) No. Lo dejo. La puedes fastidiar tras la noche de bodas y arrepentirte el resto de tu vida. Lo que no te perdona la santa madre iglesia es renegar del sagrado juramento que pronunciaste ante al altar cuando en tu pecho se agitaba la paloma de la pureza o el señuelo del embuste y la ilusión. Que sí, que lo de las galas nupciales y la parafernalia de la ceremonia, incluyendo el viaje de novios y el estatus de esposa es objetivo en las chavalas en edad de merecer, lo que no es envidiable es andar con los mismos zapatos de por vida sin antes probar otro calzado. Eso sí debería ser pecado mortal.

Albina sonrío por la ocurrencia. Considera la metáfora acertada, es más, la comparanza cuadra con lo que se dice sin decir y lo que se piensa sin pensar, que para muestra valga el traje de la piel que oprime el alma y deja las

costuras como negros muñones. No. Albina no siempre está de acuerdo con la señora esa. Pero los límites los ponen ellos, los señores que imparten leyes o diatribas apoltronados en tribunas, sillones, confesionarios o atriles.

Decididamente, hoy no hay modo de que se centre. Mira el reloj de sobre la mesita y le parece que el tiempo corre a paso de tortuga. Apenas son las once. El aparato de radio emite el programa de coplas que le alegran la mañana y entretienen dispensándola del monumental lío que anida en su cabecita loca. Tentada estuvo Albina de firmar con ese mote, pero le recuerda a tío Fulgencio y su obsesión por seguir con la responsabilidad contraída con la que le dio el ser, para que no le falte un techo y comida caliente. Ese casi padre, casi pariente, casi amigo, es la única persona que vela por su futuro y le trae regalos sin pedir nada que ella no pueda darle. Se conforma con acariciarla cuando la sienta sobre sus rodillas extralimitándose a veces al hurgar bajo su falda. El ritual se lleva a cabo en la silla de la mesa del comedor que ha quedado nueva de trinca, igual que la alfombra, la vajilla de la vitrina, las copas, los manteles de hilo. Su mamá prefería gastar lo usado antes que recrearse en lo nuevo. Para Matilde, el lujo y lo bonito, era fuego fatuo que termina consumiendo la paz de espíritu que aspira a alcanzar la recompensa del cielo. Otra tontería. No gastar lo que se tiene para que otros se aprovechen. Por ejemplo la alegría, el despilfarro de bocados exquisitos. El apetito. La sed. El deseo. La concupiscencia o el libre albedrío de retozar en cueros.

No Albina, no vas bien por ahí, se dice recogándose la rubia melena que le cae hasta la cintura en cascada de rizos voluptuosos. Al fin se pone en pie y busca una revista para abanicarse mientras se asoma a la ventana y mira hacia la calle para sumirse en la algarabía del tráfico bullanguero, en el deambular de

las personas ajenas y distantes, pero cercanas a la vez y tan iguales los unos entre otros, como las cuestiones y las respuestas del consultorio, donde ella se identifica una de cada cien veces. Entonces... ¿qué diantre espera?

Esta bien. Volverá a leer la carta. Y si no le cuadra, la romperá. Después de todo tampoco nadie le dijo antes cómo manejarse entre los semejantes que no dicen lo que piensan ni admiten tropiezos o desmanes. Que equivocarse es de humanos, pero juzgar al prójimo desconocido es de canallas e hipócritas.

“Apreciada señora doña Emilia Sanchís: He dudado en contarle mi caso porque puede que no sea digno de su interés, aunque vaya por delante mi agradecimiento y el respeto que merece su abnegada labor. A diario la escucho y la sigo, también a diario ruego por su salud y larga vida. Tengo diecinueve años y soy huérfana desde los catorce. Por desgracia, nuestro Señor se llevó a mi madre cuando más falta me hacía, dejándome indefensa y sin consuelo. Casi no tengo familia, más que algún pariente lejano que vive en el pueblo, a muchos kilómetros de la ciudad. No estoy desasistida, si es eso lo que supone. Cuento con un tío que ha ejercido de padre desde que tengo uso de razón. En él confío casi tanto como en usted, pero claro, es hombre, y tiene sus cosillas que ahora no vienen a cuento. La cuestión es que la naturaleza me dotó, por azar, de belleza y singular atractivo. Le juro que no soy culpable de tamaño desmán, pues ni me pinto ni gasto ropa ceñida, aunque los encantos son más que evidentes, a juzgar por los piropos subidos de tono de obreros, mecánicos, oficinistas y camioneros. Nada hay en mi anatomía que desajuste, todo fluye y es digno de acomodo en baremo que rige talla y medida acorde con el modelo femenino. Pese a esa calamidad, el resto es tan liviano como las avcillas y

mariposas revoloteando sobre las flores. Soy dichosa en la alegría, feliz en el goce del bocado humilde. Perdóne si me extiendo en demasía, pero precisaba ponerla en antecedentes antes de exponer el brete que me desasosiega. Seguramente estime osado lo que voy a contarle a continuación, por ello le pido perdón. No es mi intención escandalizarla, sino todo lo contrario, lo único que ansío es comprender por qué el enamoramiento nos mueve a ser felices y a la vez nos hace también tan desdichados. Vera doña Emilia, como le decía, soy huérfana y la vida me trató *pachín pachán pachón*. No me quejo. Todos los domingos, sin faltar uno, acudo al cementerio a arreglar el nicho de mi madre y entregarle un ramito de claveles. Le rezo, le confío mis cuitas, sintiendo que no solo ella me escucha, sino también Aquel que murió por nosotros y entiende de gazapos y fatigas. Pienso que lo que nos iguala, es molde universal, vientre y cuenco de fango donde se pasta el rico, el pobre, el guapo, el feo, el que nació para jorobar al prójimo y el que intenta aliviar el ajeno sufrimiento. Ni me asusta la muerte ni los muertos. Es lo que somos. En lo que después nos convertimos. No más que manojos de huesos donde campa el silencio y el desencanto de la existencia que acaba desvaneciéndose hasta borrar la huella, los afanes, la condición de persona que vino para comprender y se va sin dejar más que miseria. Un día, hace casi tres meses, conocí a un muchacho del que quedé prendada solo con mirarnos a los ojos. Es, además de guapo, buena persona, atento, respetuoso, culto. Vamos, un dechado de virtudes. Empezamos a salir. En nuestra primera cita no le dije que vivía sola, Dios me libre, pero pronto, al intercambiar las confidencias, supo que a nadie tenía en este mundo, quitado de ese tío que le dije. No, no. Quede tranquila por mí, nunca le invité a subir, aunque nos demorábamos de más en el zaguán, emboscados por las sombras

y el tictac de nuestros corazones, rozando el límite que el decoro permite para salvaguardar la virtud. Al fin la carne es débil y en la atracción flaqueas a riesgo de traspíe. No sé si me entiende, doña Emilia. La cuestión, y ya concluyo, es que un día el chico, pongamos que se llama Andrés, aunque es otro su nombre, me declara su amor aunque añade que no es libre para iniciar una relación formal. Imagine el disgusto. Le pregunté si había otra novia o estaba casado pero no quiso responder a esta cuestión. Y una, aunque es pobre y está desasistida en este mundo, desvalida sobre la capa de la tierra, no carece de orgullo y sesera, pese a estar bien hecha y quitar el hipo. Pues como le decía, lo planto en la misma acera y echo a correr. De camino a casa me encuentro a ese casi padre postizo quién me encuentra llorando a moco tendido. Qué te ocurre, nenita, me interpela con preocupación. Y voy y se lo cuento todo. No imagina cómo se puso de furioso. Hasta me arreó un tortazo en mitad de la calle, que igual merezco aunque tampoco creo que haya para tanto. El caso es que también a él planté tal cual estaba. Como no sabía donde refugiarme, entré en una iglesia y me senté en el banco junto a la capilla de la Virgen de los Desamparados, esa que también es bonita y sujeta al hijo sobre el pilar donde la admiran angelotes medio en cueros. De la llantera a poco no se baja y vuela a consolarme. A ella también le pedí consejo, como a usted ahora. Debió compadecerse de mi orfandad porque en aquel instante el cura que va oficiar la ceremonia de las ocho, avanza precedido de los monaguillos, con el rostro bajo, concentrado en la liturgia de la misa ¿A qué no adivina quién era? ¡Ay de mí! ¡Qué desgraciada soy! Pero ahí no acaba todo. Al día siguiente Andrés me espera en el portal y habla hasta vaciarse en llanto desgarrador que acaba con mis reticencias. Nunca vi llorar a un hombre de esa manera. Nos

abrazamos. Es el primogénito de siete hermanos, oriundo de una aldea muy pobre. Como no tenía posibilidades para estudiar, los padres convinieron con el párroco que ingresaría en el seminario. Él es creyente, recto, honrado, pero la naturaleza le dotó de atributos que se contravienen con el celibato. Caminamos el uno junto al otro hasta que anochece. Hablamos del amor, del sentimiento de dar y merecer aquello que nos viene de regalo. Hablamos de ternuras, de deslices y errores como campanas de grandes, aunque también de lo pequeño, de lo que se entrega y se recibe sin esperar recompensa. Andrés es un alma cándida. En nada se parece a esos mostrencos que usted con tanta discreción define en boca de sus oyentes. Ni es un maltratador, ni un animal. Tampoco es borracho o gandul. Aunque apareció emboscado con vestiduras de varón, es el hombre más delicado que he conocido. Nuestro error fue enamorarnos ¿Es ese tan gran pecado que no merezca perdón? Nos seguimos viendo, por qué negarlo. Y aquí llega mi consulta y el motivo de mi carta. Estoy en cinta de un hijo suyo. Él desea colgar los hábitos para casarse conmigo ¿Que hago? ¿Acepto? ¿Lo sigo hasta donde me pida y criamos juntos al inocente que no tiene culpa de nada? También puedo dar a la criatura en adopción o buscar a otro tío Fulgencio como hizo Matilde, para cubrir el expediente ¿Usted qué opina? Ojala sea hembra mi bebé. Pero no como lo era mi abuela o mi madre o toda esa lista de infelices que calcan el patrón del vasallaje por ignorancia o miedo, sino una mujer con mayúsculas, de las que no tragan con la patraña de su consultorio ¡Espere! ¡No rompa aún la carta! Antes de despedirme con mi consideración más distinguida, esta que la admira y respeta, que si patatán que si patatán, quisiera puntualizar que no todas somos iguales ni todos son iguales en el reparto de rasgos, atributos, maldades, bondades, características o

peculiaridades. Lo ideal sería no distinguir entre ellas o ellos y confiar en la autenticidad y en la verdad del ser humano. Nacimos -salvo excepciones -para poblar la Tierra de matices y enriquecerla con sus contrastes ¡Ah! Otra cosa...

¡Aféitese el bigote, doña Emilia Sanchís!

Dispense la tachadura del seudónimo con que firmo la carta.

Ni soy una pecadora ni me arrepiento de nada...¡Allá cada quién!”